

ellos desaparecieron, y quitándoles la muerte de la vista de los hombres, los borró de nuestra memoria. ¿Dónde se habla de ellos? Si se habla de algunos ¿es acaso para solemnizar sus festividades? ¿Es para cantar públicamente sus alabanzas? ¿Es para implorar su proteccion con Dios? ¿O es para postrarse ante sus sepulcros? Digo ante estos sepulcros abandonados y desiertos, de donde solo sacamos una triste y lúgubre idea de la fragilidad humana, y donde por lo comun, sin parar la consideracion en el héroe que cubren con su sombra, y tienen sepultado en sus tinieblas, vamos solo á elogiar los adornos que recrean nuestra vista y admirar las invenciones del arte en la materia de que se componen. Ved, grandes del siglo, en qué pára esa falsa gloria de que sois tan celosos. Pero la gloria de los santos, y en particular la de Genoveva, es una gloria sólida y permanente. Sin haber jamas procurado brillar en el mundo, está en él mas conocida y venerada que todos los monarcas y conquistadores del mundo. Solo respecto de este ha dejado Dios, y aun deja muchos santos despues de su muerte en la oscuridad en que quisieron vivir; pero ¿qué les importa sean sus nombres desconocidos á los hombres, cuando están señalados con los caracteres mas gloriosos en el libro de la vida? ¿Su humildad no está recompensada abundantemente con el peso inmenso de una gloria inmortal, de que están colmados en la feliz mansion de los justos? Á esta debemos aspirar sin cesar, cristianos, respecto de esta se nos permite que pensemos en elevarnos y adelantarnos. Trabajemos á este fin, segun los ejemplos y bajo los auspicios de la ilustre Genoveva; segun sus ejemplos, pues Dios nos la propone hoy como nuestro modelo; bajo sus auspicios, pues nosotros la hemos escogido, y Dios mismo nos la ha dado por nuestra abogada y patrona. Imitemos sus virtudes para hacernos dignos de su proteccion, valgámonos de esta para ponernos en estado de imitar sus virtudes. De este modo participaremos de sus favores en esta vida, y de su felicidad en la otra. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN GERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum qui fecit illum... et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiae suae.

Desde la aurora de sus dias entregará su corazon al Dios que le crió... y derramará como una lluvia las máximas de su sabiduría.

Ecles. c. 39. v. 6 y 9.

En todos tiempos ha habido en la iglesia hombres insignes que han hecho resplandecer la gloria de Dios con su virtud y sabiduría. Los unos anunciaron á los pueblos cuanto habia de oscuro y difícil en los escritos de los profetas: los otros instruyeron á las naciones en el testamento del Señor, transmitiendo á la posteridad los mas preciosos monumentos de la moral pura y santa del Evangelio; estos con su vida retirada y austera edificaron á la humanidad y dieron el ejemplo de las virtudes mas heróicas; aquellos combatiendo sin cesar contra los enemigos del santuario, lanzaron de él á cuantos con sus pestilentes máximas intentarían empañar su brillo. No ha habido siglo en que la bella esposa del Cordero no se haya visto rodeada de una muchedumbre de genios singulares que á todo precio la han defendido, consagrando sus dias á embellecerla con los mas preciosos trofeos.

Entre estos se ofrece hoy á mi vista el máximo entre todos los doctores, san Gerónimo, á quien el Señor escogió en el siglo IV para hacerle resplandecer en la militante Jerusalem como un astro de una magnitud colosal; para que como el cedro del Líbano se alzase sobre los árboles mas robustos en el Eden de

la esposa ; para que á manera de lluvia copiosísima derramase en su seno los torrentes de una sabiduría tan universal, tan profunda y tan sin semejante, que sola ella bastase para abreviar á todo el universo.

Tal es el carácter de san Gerónimo. En él veo no sin el mayor asombro un gigante en santidad y en sabiduría. Cuanto de mas admirable nos ofrece la religion en sus héroes, cuanto hay de edificante en sus confesores, cuanto de singular y raro hay en sus doctores, todo lo ha reunido este hombre prodigioso. Inocencia de vida, austeridad de costumbres, penitencia asombrosa, celo incansable, trabajos, viajes, estudios perseverantes.... nada en fin de grande, de heróico, de sublime hay en el cristianismo que no se admire en él en un grado superior á cuanto puede concebirse. Semejante á aquellos rios caudalosos que en su rápido curso arrastran en pos de sí á todos cuantos vienen á confluír en sus aguas, Gerónimo con las aguas puras de su doctrina se llevó tras sí á todos los doctores que á manera de torrentes han fecundizado en diversas direcciones el verjel ameno de la bella ciudad de Dios. El valor de los Ciprianos, el nervio de los Atanasios, la profundidad de los Gregorios, la elocuencia de los Crisóstomos, la erudicion de los Ambrosios, la sublimidad de los Agustinos, la dulzura de los Bernardos, ¿no se encuentran en toda su extension y con toda su energía en las obras de san Gerónimo? ¿Y quién no admira en su vida el retiro de los Pablos, la austeridad de los Antonios, el silencio de los Pacomios, la oracion de los Hilariones, y las virtudes todas que han hecho tan célebres á los moradores de la soledad? Un hombre que supo unir la abstraccion del solitario con la actividad del apóstol, que juntó la humildad del monje á la santa intrepidez del apologista; que hermanó la contemplacion de las verdades eternas con el estudio profundo de las humanas y divinas ciencias, ¿no es un fenómeno el mas extraordinario que puede ofrecerse al hombre observador?

Pero no nos detengamos en bosquejar en un largo exordio el mérito de nuestro héroe. Por mas que intentemos darle á conocer con las mas brillantes imágenes, siempre será muy mezquina la idea que de él podamos ofrecer. Entremos desde luego á desentrañar los hechos de su vida portentosa, y estos serán mas elocuentes que nuestras palabras. Para coordinar mejor mis pensamientos, me propongo presentaros á san Gerónimo

como un santo perfecto y un sabio consumado. Entregando su corazon á Dios sin reserva, y consagrándose todo á su servicio, llegó á un grado de santidad que llenó de asombro á todo el universo : *Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum qui fecit illum.* Y derramando á manera de lluvia copiosa una sabiduría universal, adquirió en la iglesia católica un nombre eterno y una gloria sin semejante. *Et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiae suae.*

Á vos, Dios eterno y sumamente sabio, á vos que sois el manantial perenne de la luz y de la ciencia; á vos de quien desciende todo lo bueno y perfecto que reside en las alturas, dirijo en este momento mis humildes plegarias. Vos que haceis elocuentes las lenguas de los que aun maman el pecho materno, y haceis brillar vuestra gloria en las palabras de los parvulillos, podeis, si os place, comunicar á mi débil voz aquella energia que arrebató, aquella union que persuade y aquella elocuencia que cambia los corazones. Dignaos, Señor, asistirme con vuestros auxilios para trazar dignamente el elogio del gran Gerónimo. Conceded á los méritos de la Virgen por excelencia lo que desmerece mi indignidad; y dejaos mover del afecto con que interponemos su mediacion, saludándola reverentes con las palabras del ángel. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Hay hombres que desde su primera edad manifiestan ya toda la extension de su futuro heroísmo. Cuando el pequeñuelo David desquijaraba los osos y los leones en los campos de apacentaba los ganados de su padre, hacia ya entrever aquel valor con que un dia venceria en el combate al enorme filisteo que insultaba á los ejércitos de Israel. Del mismo modo descubrió san Gerónimo desde su edad infantil aquella virtud singular que despues le hizo el asombro de todo el universo. Nacido de padres profundamente cristianos que grabaron en su tierno corazon las máximas puras de la piedad y de la religion, su inocencia, si bien hubo de luchar contra unas pasiones fuertes y fogosas, brilló entre todos sus coetáneos, como resplandece el sol en un cielo sereno y despejado, despues de haber ahuyentado con sus rayos los espesos nubarrones que se presentaron en su carrera. Enamorado desde su juventud de la sabiduría,

la desea con ansia, la busca con empeño, la solicita con ardor; pero esta, léjos de ser un obstáculo á su virtud, no hace mas que depurarla y perfeccionarla. Al mismo tiempo que devora los escritos de los filósofos, desentraña los problemas de los géometras, y se nutre de las bellezas de los retóricos, macera su carne con abstinencias y ayunos, alimenta su espíritu con la oracion, y cuida de preservar su alma del contagio de los vicios con los ejercicios de la mas acendrada piedad. Roma que desde luego fué el teatro de sus asombrosos adelantos en la ciencia, lo fué tambien de su virtud superior de todo punto á sus vastos conocimientos. Ella que le admiró mil veces cubierto de gloria y ceñido de los laureles del triunfo, en las escuelas, le vió tambien cubierto de cilicio, y bañando con sus lágrimas los sepulcros de los mártires en la oscuridad de las catacumbas.

Persuadido Gerónimo de que el trato con los hombres virtuosos es un aliciente poderoso para la virtud, solicita con empeño la amistad de los mas eminentes varones que se conocieran en su siglo. Recorre las Galias, pasa á Tréveris, vuelve á Italia, se dirige al oriente. Por donde quiera halla simpatías su vida edificante y modesta; y sus costumbres puras unidas á su amor á las ciencias estréchanle intimamente con los obispos mas sabios, con los mas celosos sacerdotes, con todos los hombres amantes de la verdad. Sus amigos mas íntimos son los que mas se distinguen en el amor á la virtud y á la sabiduría. En este número se cuentan Cromacio, Jovino, Eusebio, Nicetas, Evagrius, Crisógono, y muy particularmente Heliodoro, Inocencio é Hylas, que le acompañaron en sus largos viajes, y por último se retiraron con él á los desiertos de Chalcida.

Aquí, señores, es donde nuestro héroe, que ya renunciára por amor de Jesucristo todo cuanto podia rozarse con la carne y con la sangre, entabló aquel sistema de vida que el cristianismo no cesará de admirar y celebrar en sus fastos. Viéraisle ocupado continuamente en la meditacion de aquel juicio final, cuya trompeta, como él mismo escribe, resonaba siempre en sus oídos. Viéraisle imponer á su lengua un eterno silencio para expiar hasta el menor defecto en que hubiera incurrido con sus palabras. Viéraisle condenar su paladar á no gustar jamas sino el ajeno y las raíces silvestres, para castigar el gusto que algun día hubiera podido tener á los manjares delicados. Viéraisle sentenciar sus ojos á derramar un llanto perpetuo para lavar con

él las manchas que alguna mirada ménos pura pudiera haber causado á su corazon. Viéraisle armar sus manos de una piedra para herir con ella aquel pecho que acaso no habia jamas concebido el menor deseo ilícito y desordenado. Viéraisle..... Pero no os admire, católicos oyentes, el ver esa víctima de la penitencia sacrificando su cuerpo ante las aras de la divina justicia. Admiradle mas bien triunfando del infierno, que envidioso de su gran virtud, y no pudiendo sufrir verse vencido por él con tanta ignominia, agotó cuantos medios creyó conducentes para hacerle renunciar á la vida austera y penitente que emprendiera. No satisfecho el enemigo comun de los hombres con affligir á Gerónimo con enfermedades agudas y violentas, acométele con tentaciones terribles que llenan su alma de amargura. Vierais aquel hombre que por huir de los lazos de la carne, abandonó con heroica magnanimidad los laureles de los gimnasios de Grecia, los aplausos de las academias de Roma, y las delicias encantadoras de Tívoli, luchando en las quebras las soledades del oriente con los pensamientos mas impíos, con las ideas mas peligrosas, con cuanto de mas horrible puede inventar Asmodeo para perder á las criaturas. Ah! dejemos á nuestro santo pintar con su misma pluma los duros combates que hubo de sostener. «Yo, dice, yo mismo me horrorizaba al ver el áspero saco que cubria mis extenuados miembros. Mi piel ennegrecida con el sol se asemejaba á la tez de los etíopes. Día y noche gemia y suspiraba; y si alguna vez me rendia al sueño, la dura tierra recibia mis dislocados miembros. Buscaba los desiertos mas solitarios, atravesaba los montes, me sepultaba en las cavernas y entre las hendiduras de los peñascos; allí arrojaba el esqueleto de mi cuerpo; allí oraba al Señor: allí lloraba mis pasadas culpas.... Pero ay de mí! ¡ Cuántas veces en aquellos desiertos abrasados con el ardor del sol me parecia estar entre los coros de las danzas de las doncellas romanas. Habia yo escogido la compañía de las serpientes y de los escorpiones temiendo los rigores del infierno, y en medio de ellos me representaba mi fantasía las bellezas alucinadoras de la Italia. El fuego impuro de la sensualidad abrasaba estos labios cárdenos con el ayuno: y en mi carne casi muerta en fuerza de los insomnios y de las vigiliass, hervian sin cesar los incendios de la mas desenfrenada lujuria. En vano me enfurecia contra mí mismo en aquellos abrasados arenales; solo en Jesucristo, á cuyos piés me arrojaba sin cesar

y ante quien lloraba sin intermision, encontraba alivio en mis penas y fortaleza en mis combates. »

De este modo se acrisolaba la virtud de san Gerónimo en el fuego de la tribulacion. Así se depuraba su alma de toda afeccion mundana, y viviendo en un cuerpo perecedero, habitaba de continuo en la contemplacion de las cosas celestiales. Su fervor le conduce á aquellos lugares en que el Verbo humanado realizó la redencion del género humano. Recorre la Palestina, país fecundo en monumentos piadosos y en recuerdos tiernos y sublimes. ¡ Con qué recogimiento ora en aquel Getsemaní en donde Jesus, próximo á ser entregado á sus enemigos, dirigia sus plegarias á su eterno Padre! ¡ Con qué amargura visita aquellos pretorios en donde Jesus amarrado á una columna sufrió los azotes á que le condenó Pilátos! ¡ Con qué veneracion se postra ante las ruinas de aquel pórtico desde donde el pontífice mostró á Jesus á los judíos y les dijo: ¡ Ved ahí al hombre! ¡ Con cuántas lágrimas inundó la cima de aquel Gólgota en donde la vida del mundo se eclipsó para arrancar de las fauces de la muerte á todo el linaje de Adán! Nada empero tuvo tantos atractivos para el corazon amante de san Gerónimo, como la gruta de Belen. Allí fija su mansion al pié del pesebre del Salvador, y allí determina concluir sus días imitando la vida pobre y humilde del Dios de los cristianos. Pero la divina Providencia, si bien tenia reservado aquel sitio para sepulcro de nuestro héroe, queria no obstante servirse de su virtud para edificar ántes á aquella misma Roma, que en el oriente de su vida le habia admirado ya como un modelo de fervor cristiano. Ordenado de sacerdote á despecho de su profunda humildad por el santo obispo de Antioquía, Paulino, se vió en la precision de acompañarle á aquella capital del catolicismo. No bien hubo fijado en ella su pié, cuando los asombrosos ejemplos de santidad que en él brillaban llamaron vivamente la atencion de cuanto Roma tenia entónces de mas santo y virtuoso. Todos á competencia desean gozar de la vista de aquel ángel del desierto; todos anhelan la dicha de oír sus palabras de salud: todos se disputan el honor de ser sus discípulos en la vida espiritual. Allí las Albinas, las Marcellas, las Aselas, las Letas, las Fabiolas, las Marcellinas, las Felicitas, las Paulas, las Eustoquias, las Blesillas, mujeres todas de un mérito extraordinario y de una santidad á toda prueba, escogen á Gerónimo por su pa-

dre y maestro, le confian la direccion de sus conciencias y le constituyen árbitro de sus pensamientos. ¡ Con qué circunspeccion se portó nuestro santo en este delicado ministerio! ¡ Con qué tino caminaba en todos sus consejos! ¡ con qué prudencia en sus decisiones! ¡ cuán rara era su modestia! ¡ cuán edificante su humildad! y su abstraccion de todo lo terreno ¡ cuán total y perfecta! Dijérase que Gerónimo mas bien que un ser mortal, era uno de aquellos espíritus que habitando sobre el espacio, solo se dejan ver en este globo para manifestar al mundo la grandeza del Dios á quien sirven, y ejercer con los hombres su prósvida beneficencia.

Mas no por eso estuvo la virtud de Gerónimo á cubierto de los tiros de la maledicencia. Hay hombres que no pudiendo sufrir los rayos del sol, maldicen á este astro luminoso, porque sus ojos son incapaces de contemplar su belleza. Del mismo modo hubo en tiempo de nuestro héroe hombres que envidiosos de los resplandores que despedia su virtud, cual si esta fuese un censor mudo de sus desórdenes, hincaron su venenoso diente en su vida pura é intachable. Aquel que como otro Job habia pactado con sus ojos no mirar jamas el semblante de una mujer, y cuya modestia fué tan extremada en este punto, que en el largo tiempo que trató á las mas célebres matronas romanas nunca llegó á conocer á ninguna por su fisonomía, se vió acusado de mantener con alguna de ellas conexiones ilícitas: su mismo porte recatado y honesto fué mirado como una hipocresía; su austeridad como una ilusion; su recogimiento como efecto de un humor acre y misántropo; hasta su doctrina y su fe fueron objeto de sospechas infamantes. ¿ Y pensais acaso que Gerónimo trate de sincerarse y de desmentir las calumnias de sus émulos? No por cierto; tan superior á sus pasiones como amante de la paz, mira con indiferencia lo que de él puede decir el mundo, con tal que por su causa no se menoscaben los derechos de la verdad y de la justicia; y saliendo de Roma vuelve á sepultarse en su amado retiro de Belen, deseoso de finalizar allí sus días en los ejercicios de la penitencia y de la oracion.

¡ Oh soledad dichosa! Tú fuiste testigo de la vida asombrosa de Gerónimo; tú escuchaste los gemidos que día y noche dirigia al Señor para implorar su divina clemencia; tú viste tus arenosos desiertos empapados en la sangre que destilaban sus miembros á impulso de los azotes que descargaba sobre ellos